

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Está muy bien, pero muy bien, que se haga cuanto sea posible en favor de los necesitados; merecen aprobación todas las funciones y fiestas que respondan a tan loable fin, y lo llenen cumplidamente; también es admirable la caridad privada, y meritísima la semiprivada, que se ejercita en forma de donativos y legados y mandas a instituciones piadosas, etc. Reconocidas tan inconcusas verdades, con buen ánimo y voluntad, hay que añadir que, en el momento actual, este ramo o capítulo del presupuesto aumenta de tal modo, que es una de las amenazas de inminente submersión de la bolsa.

Hoy se pide para todo, y pide todo el mundo. Pedimos, debiera decir, aunque por mi parte trato de evitar poner a mis amigos en compromiso; pero no lo consigo siempre. A menudo, no hay remedio sino postular; para esto, aquello y lo otro. Cada época tiene sus exigencias y sus muletillas.

No hay día en que no llamen a vuestra puerta cinco o seis postulantes, por lo corto. Mirada aislada, cada postulación, podrá ser muy justa, muy fundada. Es bueno, y hasta es óptimo, que se atienda a la necesidad, a la urgente necesidad de tanto desgraciado, de tanta mujer y niño sin amparo, de los que no tienen pan, ni de donde les venga; y tampoco deja de ser oportunísimo que los católicos contribuyan para el instituto religioso A o B, y los ciudadanos para el de enseñanza C o D, y todos y cada uno para tanta buena obra y fundación: Asilos, Hospitales, Casas de Socorro, Cruz Roja, etc., etc. Pero esto de lo oportuno tiene su límite natural en lo hacedero y posible. No hay manera de ultrapasarlo. *Ad impossibilia nemo tenetur*, que dijo el profano.

Acaso yo vea este problema como más insoluble y angustioso, porque el ser tan conocido, y a tanta distancia, mi nombre, es causa de que carguen sobre mí mayor número de pediguñeros, de todas clases, colores y marcas. Recibo petitorios de sitios donde ni una vez en mi vida he puesto los pies. Conventos que se están cayendo allá en remotas ciudades, los he de reparar y sostener yo. Personas a quienes agobia la suerte en climas lejanos, aguardan de mí su salvación inmediata. Hasta de Francia recibo epístolas que parten los corazones. Y esto no tiene pies ni cabeza; lo comprende el más boto.

Somos, en Madrid, siempre los mismos para contribuir a cuanto se hace. Aquí no se renueva el personal. No hay más cera que la que arde. Los nombres no varían. Las fortunas son generalmente pequeñas. Es una ficción social suponerle a todo el mundo millones. Y es atribuirnos una vanidad muy hueca y frívola, el dirigirse a nosotros diciendo que, para nosotros, veinte o treinta pesetas son una bico. ¡Veinte o treinta pesetas! Las defienden en Madrid con denuedo hasta los grandes accionistas del Banco. No tal vez por las veinte o treinta de aquel caso concreto, sino por las veinte o treinta sucesivas, del día siguiente, de los otros, del año, de siempre.

En los mismos países que tienen por blasón el dinero y las atrevidas y grandiosas especulaciones, no se da a tontas y a locas; acaso menos que aquí. En España, tierra nada opulenta (según a diario leemos en los periódicos, al tratarse de las contingencias económicas de la guerra de Marruecos), tiene que constituir un problema social este ramo de imprevistos, esta continua amenaza al bolsillo, que exige reservas importantes para no constituir un desequilibrio muy peligroso.

Al mismo tiempo que aparecen tantísimas obligaciones, si no forzadas, poco menos, toda la existencia propende a subir, a hacerse más difícil, sin que haya

proporción entre el acrecimiento de los medios y las nuevas necesidades. Comprendo que estoy escribiendo una vulgaridad muy trivial, pero no es culpa mía si esta trivialidad es el eje de la vida. Revestid el tema de cierto oropel, dadle un barniz científico, y será base de alguna grave disertación de Ateneo o de Academia de Ciencias políticas y morales.

Los historiadores a la moderna entienden que estas cosas diarias y humildes tienen más trascendencia que los sucesos aparatosos. La miseria, la perturbación económica, son enemigos de la paz y del orden, y de muchas cosas útiles y deseables. Francia ha sostenido rudos embates, ha salido a flote en tormentas muy deshechas, porque la nación en conjunto es rica, su territorio bien cultivado, sus habitantes económicos, ahorradores, ordenados, laboriosos, y modestos y remirados en su gastar, hasta la tacañería; y aquí somos todo lo contrario; la prueba es que los dispendios mínimos nos parecen despreciables, que no damos importancia alguna a la peseta, que pagamos de más el céntimo o los céntimos en las cuentas, por no hacernos con moneda tan infima para los cambios; que somos el país en que más propinas se dan, sin razonarlas; que un español de las clases humildes no repara en tomar coche de punto para todo el día o para bastantes horas; y en suma, que el ahorro pequeño, base de la prosperidad de nuestros vecinos, entre nosotros es casi ignorado, y se cree que no vale la pena.

Los franceses lo recogen todo, lo estiman todo — señal de gente aprovechadora. Aquí, verbigracia, no llamamos *ensalada* sino a la tersa y clara lechuga, o a la rizada escarola. Nuestros vecinos andan por el campo buscando yerbecitas, juntándolas con sumo cuidado en un cestillo, y luego las aderezan y se las comen con delicia... y con aceite y vinagre. A este inocente recreo se entregan personas bien acomodadas, los domingos, cuando salen a esparcirse por los alrededores de la gran ciudad. En Francia todo se come: nada se desecha por insípido: hasta las cebollas de los tulipanes y los peces de colores sirven para regalarse, y he oído afirmar que no fué mero humorismo de Alfonso Karr el suponerlo así. En cambio, gente de clase muy inferior en Madrid, consumen artículos que acaso no prueba en todo el año un pequeño rentista francés. Yo soy aficionada a observar, y en un excelente colmado madrileño concurridísimo he visto, no sin alguna sorpresa, a individuos de pobre pelaje, merendando, a las seis, bocadillos de jamón, jamón en dulce, cangrejos, quisquillas, ternera asada — platos de ricos —. Los dulces y pasteles, también les hacen gasto en Madrid clases desacomodadas que no los conocen ni de vista en París. Como dice un *couplet* conocidísimo:

Aquí el que tiene tres pesetas  
compra tres puros, y a vivir.

Se me dirá que aun economizando, el pobre no mejora sensiblemente de condición. Es un error. Importa menos a las naciones que economice el rico, que el menesteroso. Ricos, hay menos, y nunca la gran masa la forman los pudientes. La gran masa es necesariamente popular. Y la gran masa es la resistencia y el vigor de las naciones. Se ha visto cuando Francia sufrió las tremendas catástrofes apocalípticas del *Año terrible*. Resistió y no pereció, porque lo íntimo de su organismo era fuerte y sano, merced al ahorro.

Empieza, es cierto, a crearse en España algo de esta virtud social. Las láminas de a cien pesetas, de valores del Estado, andan muy buscadas, lo cual debe considerarse un excelente síntoma. Todo el que ahorra es hombre de orden, hasta involuntariamente. Los pobres, con el ahorro, ya sé yo que no llegarán a capitalistas; pero si surgen el paro o la enfermedad, podrán hacerles frente, y no caerán en la miseria profunda que el menor incidente atrae sobre los que absolutamente viven al día.

La mujer ha solido ser la previsora, en la mayor parte de los hogares; hoy, al menos en la clase media, la mujer también está precipitada al lujo y a la extravagancia de la moda más insensata que se ha visto. Yo bien sé que ni la décima parte de lo que se pinta en los figurines sale a la calle, ni a los teatros, ni a los salones; que las *toilettes* estrambóticas no las usan sino contadas antojadizas; que ni las piernas andan tan al aire, ni las faldas tan partidas, ni las panzas tan en punta, ni el peinado tan en forma de melón; y, con todo eso, se gasta más de lo posible, especialmente en el ramo de sombreros, calzado y accesorios, y aterra pensar cómo se las pondrá para hacer frente a la indumentaria de sus hijas un sujeto de los que antes se llamarían medianamente acomodados y hoy son pobres vergonzantes.

No hay sueldo, ni de los muy lucidos, que alcance para la ropa de mujer, aun no habiendo llevado nunca las mujeres menos ropa. Ella será poquita,

pero es como los libros de las Sibilas, que al constar de menos hojas subían de precio.

Los sombreros, en una familia de cuatro niñas y la mamá, no representan en las entradas de estación menos de setecientos o mil pesetas. Porque se han acabado aquellos sombreritos de ocho, diez y doce duros, como máximo, y ya hasta en los *portales* cuesta un sombrero mediano sus veinte o veinticinco. Se me dirá que para estos casos están la maña, habilidad y disposición de las mujercitas caseras, que aprovechando los restos del año anterior, y con una bien dispuesta contradanza de plumas y flores, cintas y *esprits*, y arreglando por aquí, y reformando por allá, y con un casco nuevo para prender los adornos antiguos, salvan la situación. En efecto, queda tal recurso; lo que pasa es que la moda es el demontre, y pareciendo la misma, tiene el arte de imprimir cada año un nuevo sello caprichoso y original. Las mujeres, en este particular, no se equivocan nunca; y los antiguos sombreros y adornos «entregan la carta» de un modo lamentable, sobre todo para las amiguitas, que es con quien se desea lucir estas galas y preseas de novedad; y si el año anterior se estilaban las *aigrettes* en forma de saucos elegíacos, y este año se llevan como puntos de interrogación o como plumeros amarillos, no sirve de nada lo viejo, sin adaptación a lo actual, y viene a resultar que se amañará un pichoncito casero «para diario», pero hay que arrancarse a adquirir, para los días de repique recio, un budín flamante, con un paraíso gacho y una maraña de plumillas volanderas al centro, todo ello encajado hasta la nariz.

A las juiciosas reflexiones de los papás, las mamás oponen constantemente la cuestión de la *colocación* de las niñas. ¿Cómo va a sacar novio la que vaya hecha una cursi, con el sombrero del año pasado, que parece un higo? Porque es probado: no vale guardar estas prendas cuidadosamente, en su caja de cartón, previamente cepilladas, descosida la «fantasía» y ahuecados los pliegues de terciopelo o limpia con bencina la paja: allí se queda no trabaja, no sufre, y sin haber tocado nadie al objeto, cádate que se deforma, se achica, adquiere ese aspecto triste y pobre de las traperías olvidadas en un rincón, y provoca a risa cuando lo desenvuelven de sus papeles de seda...

¿De cuántos conflictos salvaría a las mujeres españolas la adopción de la mantilla nacional! Y esta reforma, que traería consigo una economía de millones, aportaría también un encanto estético a la patria. Lo cantarían los poetas, lo celebrarían los pintores. Lo hemos podido ver estos días de Semana Santa: eran un recreo para los ojos las mantillas, ya blancas, ya negras. La mantilla, lejos de perder, gana: cuando blanca, se pone rancia, de un rancio fino y suave, o si es negra, adquiere flexibilidad, pliega mejor. De madres a hijas, las mantillas se heredan. Siempre he pensado lo que ganaría España, restaurando la mantilla.

La igualdad social es imposible, ya que hay gente rica y gente que pasa apuros. ¿Por qué esta última se ha de *empeñar*, en todos sentidos, para hacer, servilmente, lo mismo que la otra? No todas las señoras, por distinguidas que sean, disponen de medios para la adquisición de diez sombreros al año, a los precios que alcanza este artículo.

¿Por qué no retornan a la mantilla? He oído decir que existe una Cruzada de la Modestia, una congregación de señoritas y señoras para no usar trajes provocativos ni galas licenciosas y deshonestas. Entiendo que esta Cruzada debiera consagrar también sus desvelos a combatir los trajes y adornos que van contra el honrado equilibrio de los ingresos y gastos domésticos, contra el hogar. Esta Cruzada de la Modestia debiera intentar la restauración de la mantilla. Y de fijo las «modestas», con mantilla, estarían sumamente guapas, amén de otras ventajas que cualquiera adivina.

No es necesario, para restaurar la mantilla, imponer la de Goya, larga, grande, de encaje riquísimo. Hay la chiquita, de castañuelas; la ligera y primaveral, tan linda, de tul moteado; la de Chantilly, tan fina; la de rejilla; la de terciopelo; la de madroños, y cien mil que sentaban divinamente al tipo de las madrileñas, realzaban su hermosura, y les prestaban un *cachet* especial, graciosísimo; mientras los actuales sombreros, o enormes como paraguas, o reducidos como cacerolitas, las desfiguran y afean hasta la caricatura. También hay que consultar las condiciones de la raza, y su tipo, antes de adoptar modas. Apostemos, sin embargo, a que nadie se atreve a dejar por la mantilla el sombrero. ¡El sombrero es una religión femenil! Y además, es una conversación de todos los días. ¿De qué se habla, si no se habla del sombrero?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.